



MONEDAS Y ESCALAS

Un relato de Nolvaria de Bruma
por *Ángel González Olmedo*

Fue la primera vez que detectaron mi música; la primera vez que estuve en peligro de ser llevada ante el Santo Oficio; quizá la primera vez en la que podrían haberme cortado la gola de oreja a oreja.

Lo vi aparecer bajo la arcada del túnel: un hombre joven, de rostro circunspecto y bigotes a lo militar. Llevaba el herreruelo terciado bajo el sobaco izquierdo, donde portaba los hierros. El fieltro de ala ancha cubría sus ojos serenos, una mirada lúcida y atenta. Los acordes de su figura vibraban reflexivos, pero con contrapuntos melódicos de expectación. Venía a buscar agua del pozo, creyéndose solo en la intimidad de la pequeña plaza; un recinto sin más testigos que los altos edificios que se cernían sobre él. Lo que no sabía es que una armonizadora también lo espiaba desde los toneles bajo un peristilo.

Una pieza fácil, me dije. Un lindo pisaverde distraído. Me llevé la ocarina a los labios mientras le observaba, y soplé la melodía de la escala. Me la enseñaron hace mucho tiempo, aunque por aquel entonces aún no sabía cómo se llamaba. Hoy día sí conozco su verdadero nombre: *El susurro del viento*, un hermoso cuerpo de notas que conecta un puente armónico entre dos personas; a través de este canal, se pueden enviar pensamientos sin necesidad de articular palabra.

La melodía sonó apagada, y se mutó con el viento que venía del pasaje. Cuando el hombre se disponía a tomar el cubo, levantó una ceja y miró a ambos lados. Mas luego se encogió de hombros, achacando a su imaginación cualquier cosa que pudiera haber oído.

Ejecutada ya la escala le tendí el puente armónico, y le hablé directamente con el pensamiento:

«No te muevas», le amenacé con la mente. El hombre dio un respingo y se quedó paralizado frente al pozo, con el ceño fruncido. Si aún le quedaba cuajo, yo podía quebrárselo con mi ensayada interpretación. Ya lo había hecho decenas de veces: «Soy aquel que puede proveerte sufrimiento incansable; aquel que puede abrir las puertas de los infiernos para penetrar en tu corazón».

Su rostro se crispó al punto, y yo sonreí por la rapidez del trabajo. Quizá fuese religioso viejo, un hombre de fe y temeroso de Dios.

«¿Qué quieres de mí?», preguntó pálido desde el abismo de sus pensamientos.

«Deja tus contentos en el cubo; todo tu dinero sobre el brocal del pozo», apremié. «Márchate, y no vuelvas por aquí».

El hombre echó la vista hacia atrás; estuvo a punto de verme, de no ser porque me agaché. Cuando alcé de nuevo mi rostro vi que hacía visajes nerviosos con las manos. Aunque no podía vérselas, inferí que estaba tratando de quitarse la bolsa de la pretina. Tardó lo suyo, pero al final depositó sobre el metal una tintineante y pesada faltriquera llena de monedas. Despachado esto, sin echar la vista atrás, se dispuso a marchar de la plazoleta con aire apremiante, presto a perderse en las tinieblas del túnel.

No salí de mi escondite hasta unos minutos después, asegurándome de que no aparecía nadie más en la plaza. Me acerqué entonces al cubo y vi la holgada bolsa. Reí satisfecha, pero poco me duró el júbilo; la risa se me murió en la garganta cuando, al tomar el saco, noté que una corriente eléctrica me sacudía la mano y me recorría el brazo. Un estruendo llegó hasta mis oídos, que se vieron golpeados con un fuerte chasquido.

La negrura me nubló los ojos, y los sonidos del mundo se apagaron.

Desperté de mi inconsciencia tres horas después; el suelo giraba de forma vertiginosa, en la medida que experimentan aquellos que se han regado las venas con demasiado hipocrás. Me conocí de nuevo en la plaza, tendida y con la cara besando el suelo. El sol había alargado las sombras de los edificios, y el relente mordía la piel. Me hallaba, como comprenderán vuestras mercedes, con el cuerpo cortado.

Me senté aturdida unos instantes, tras los cuales intenté incorporarme, no sin dificultad; pero unas manos fieras me cayeron como una pesada losa de mármol sobre mis hombros. Alguien me obligó a permanecer sentada, y no tuve más remedio que buscar respaldo sobre la pared del pozo. Levanté la mirada y vi a quien impedía ponerme de pie.

Ahora todo cobraba sentido: cometí un error imperdonable; aquel hombre no era un pisaverde cualquiera. Había afrentado a la honra de un bardo, un armonizador poderoso. Y como bardo avezado al solfeo y a la armonización había identificado la fullería de mis palabras y la naturaleza de mi escala. Y así fue que, con voz estentórea, me habló con un timbre que me sonó distante, pues mis tímpanos estaban embotados.

—No te levantes de golpe, o vomitarás —dijo.

Y sus palabras parecieron espabilarme el estómago pues, por precaverme con ellas, casi echo los hígados. Me llevé la mano a la boca, aún mareada. El hombre me tomó de la barbilla y me obligó a mirarle a los ojos.

—¿Creías que ibas a engañarme con esa burda escala?

Quise rogar que no me matara o, peor aún, que no me denunciara ante el Santo Oficio.

—¿Qué me habéis hecho? —articulé con un hilo de voz, y él sonrió a media vela, casi compasivo.

—Te lo has hecho tú misma, has activado una escala armonizada en mi bolsa. Nadie puede tocar mis pertenencias, si no lo deseo.

—¿Cómo no he podido detectarla? —pregunté, más para mí que para él.

—Soy el mejor compositor de escalas latentes de Ísbar.

El hombre me soltó el mentón con un gesto de desdén, y dio un largo suspiro, de esos que predisponen el cuerpo para otros lances. Entrecerró los ojos mientras observaba al vacío, quizá pensando en qué hacer conmigo. Se echó atrás el herreruero y vi sus hierros: una espada ropera con cazoleta de concha y una daga quitapenas. Dos instrumentos de muerte propios de los hidalgos.

Me puse a temblar, y no supe si de miedo o de frío; quizá la fatalidad de mi destino pudiera haberse ejecutado mientras permanecía inconsciente. Pero ahí seguía, con el corazón latiendo frente a quien me tenía sometida.

—Podríais haberme degollado ya como lección a este oprobio.

—Podría —carraspeó, sin apartar su velada visión de la nada.

—Pero no lo habéis hecho.

—No.

Buscó de nuevo mis ojos.

—Casi me engañas.

—Señor —dije, algo nerviosa—. Voto a Dios Reverberado que no deseaba haceros ningún mal. Al menos más allá que tomar unos cuantos contentos para llevarme un men-drugo de pan a la boca. Ese es el porqué de que os haya...

—Vas a ser instruida en el oficio de la armonización —me interrumpió—. Lo he meditado mientras permanecías en el limbo: vas a estudiar la música.

Me quedé helada por unos instantes. Al punto, una carcajada amarga, que más bien sonó a un resuello contenido en mis adentros, me asomó arrastrándose cansada y queda por la garganta:

—¿Estáis chanceando, muy señor mío? ¡Miradme! ¿Acaso creéis que va a aceptarme algún bardo como discípula?

—Él sí —declaró, tajante.

—¿Él?

—Mi maestro. Busca a alguien con tu talento. ¡No me mires así! Me he percatado de que posees el don de la visión armónica. No solo eres capaz de escuchar la música de la existencia, como los armonizadores, sino que puedes verla vibrar en el Tejido de la Realidad. ¿Cómo te llamas?

No acostumbro a dar mi verdadero nombre de primeras; suelo contestar con evasivas, cuando no doy una identidad falsa. Pero en este caso, la impronta en la petición de aquel extraño hombre me arrancó las palabras de mi boca, como si mi lengua hubiese decidido desobedecerme:

—N-Nolvaria —titubeé—. Nolvaria de Bruma.

Se me quedó escudriñando el rostro otros instantes; evaluaba el alcance de la verdad en lo que yo le andaba diciendo. Al fin, mudó su plante a una fisionomía más serena, y asintió afable.

—Bien. Nolvaria de Bruma. Sospecho que mi maestro te enseñará a usar mejor tus escalas. No solo cómo perfeccionarlas, sino que te enseñará una lección que está claro que desconoces. —Guardó un silencio pesado; estaba esperando a que yo preguntase, pero ante mi boqueo confuso él prosiguió—: No solo el *porqué* haces las cosas es importante. *Para qué* se hacen las cosas es lo primero a tener en cuenta. Es el principio y el fin de la música, lo que da sentido a su existencia. Improvisar melodías está muy bien cuando no tienes nada que llevarte a la boca; pero dotar las notas de significado quizá te haga ver matices en la justa medida que merece cada cosa; en la ecuanimidad de tus elecciones.

Mis oídos empezaban a recobrar algo de funcionamiento, pero aún desconfiaba de ellos.

—No os entiendo, señor.

—Digo —prosiguió poniendo cuidado en sus palabras—, que ya no vas a usar esa escala para lo que hasta ahora acostumbras a usarla. Sino para algo más justo y provechoso.

Las lágrimas empezaron a nublar me la vista. ¿Qué sabía él de mis desgracias?, ¿qué de las vicisitudes de mi vida? ¿Acaso se podía ser tan cruel como para bromear con estos trances? En esos instantes me abandoné a una de las resoluciones más desamparadas que existen: la resignación. Quizá hubiese sido mejor una ejecución rápida mientras dormía; quizá hubiese sido mejor poner fin a este sufrimiento, antes que verme humillada con esta cruel pantomima. Clamé unas palabras trémulas, sibilantes, llenas de duda por lo que me

ofrecía.

—¿Y por qué creéis que voy a dejar de hacerlo, si no tengo otra manera de ganarme mi sustento?

—Porque lo digo yo. —Dio un paso hacia mí, inclemente y frío, y mis oídos empezaron a captar un leve soniquete de determinación—. ¿O es que acaso no habéis aprendido que las cosas no siempre salen bien?

Cualquiera podría pensar que me hallaba espantada ante la intimidatoria del bardo, pero lo cierto es que sus palabras no me sonaron conminatorias, sino que bajo ellas se encontraban armónicos de aliento y generosidad. Alzó las cejas con cierta simpatía, como invitándome a contestar. Todo lo que pude hacer fue asentir, nerviosa.

—Me place —musitó al fin—. Abraza eso como tu lección a este oprobio. Si estas circunstancias vienen de la mano del aprendizaje, yo estoy satisfecho: no tienen sentido rencillas de ningún tipo por mi parte.

Y entonces se dio la vuelta para irse, el hideputa. Y tiñéndose su figura de las sombras que se vertían bajo la arcada, me sobrevino un impulso; no era justo que se marchara tan pronto:

—¿Cómo os llamáis? —me encontré preguntando, sin dominio de mí misma.

La sombra se giró lo justo, el rostro adivinándosele parco.

—Dragos Corneli —dijo, y el eco del túnel simplificó el sonido de un chasquido metálico. *¡Cling!*: un pequeño objeto dorado, pasó sobre mi cabeza y resonó sobre el brocal.

Me incorporé de un salto y vi la moneda dentro del cubo: un escudo de oro de a ocho. Cuando levanté el rostro, Dragos Corneli había desaparecido, pero su voz sonó en mi cabeza a través del puente armónico, aún tendido entrambos:

«Me alegro de que me hayas afrentado, Nolvaria de Bruma. Mi maestro estará impaciente por conocerte».